

# Pedernal

La cortina de agua no detuvo al gallo que se adelantó a la primera campanada. El segundo día fue más de lo mismo, aunque en un lugar diferente: la plaza de la ardilla. Yo cantaba, pero esta vez bajo la lluvia, y algunos desagradecidos me culpaban por ella. Pero al igual que pasaba con los gallos, no había gota de lluvia o atisbo de crítica que pudiera hacerme callar. “Hay que ser trabajador en esta vida, Alden, y en la siguiente serás recompensado” me decía siempre Berger. Desde luego él lo fue, así que espero que esté recibiendo su recompensa en esa otra vida que esté viviendo ahora. Además, yo tenía que saldar mi deuda con Hotus. Deuda que me impuse yo mismo para permanecer a su lado el mayor tiempo posible, y no por cuenta propia y solitaria en las calles de una ciudad desconocida y peligrosa.

De hecho, hubo un momento por la tarde en que me quedé solo vigilando el carromato, mientras Hotus iba al escusado, cavado a dos calles de la plaza. Tardó más de lo que yo esperaba, y unos niños algo mayores aprovecharon su ausencia para rondar por allí como zorros. Me puse nervioso. Tanto que me propuse ahuyentarlos tal y como Berger lo hacía con los perros salvajes: “¡Shhhhhhhé!” “¡Tssssssaaah!”. Pero las caras que ponían los niños no reflejaban el pavor que yo esperaba inspirarles con mis onomatopeyas. Entonces, cuando dejé de hacer ruidos raros, uno de los tres niños me habló. Su acento era extraño y tenía un hablar que en su día me pareció demasiado perfecto.

—Hola, hijo del calderero—dijo hablando muy despacio, como quien intenta comunicarse con un pez gato—. Venimos buscando pedernal para el fuego. ¿Podrías vendernos algo?

Se me aceleró el pulso. Mi primera venta. Pensé que, si salía bien, podría dedicarme a ello el resto de mi vida. Pensé que, si hacía una buena operación, Hotus me adoptaría y llevaría consigo a las islas del borde, para cantar sus productos por doquier y venderlos a precio de oro.

—Por supuesto—esbocé mi mejor sonrisa—. ¿Cómo no va a haber pedernal en el mágico carromato de Hotus?

Me adentré en el interior para rebuscar entre bagatelas, cazuelas, especias, pociones, sedas, y otras cosas que mi mente no podía asociar con palabras conocidas. Tardé lo suyo en encontrarlo entre tanto trasto, pero por fin localicé un trozo de sílex que serviría. Me di la vuelta y vi a dos de los niños en el interior. Me dio un vuelco el corazón. Me estaban robando. Delante de mis narices. Y yo soñando con hacerme aprendiz de calderero. ¿Qué pensaría Hotus si dejaba que se escaparan con sus artículos? ¿Me lo perdonaría? Jamás me llevaría a las islas del borde con él.

Con ese miedo acechando en mí como un buitre sobre un cadáver putrefacto, corrí tras ellos, que ya salían por patas. Bajamos a toda prisa por la cuesta de Sastrerías y giramos en dirección a la herrería del barrio. Pasamos bajo un puente de piedra arqueado y nos perdimos por unos callejones estrechos y hediondos, por lo que no supe si los charcos se debían a la lluvia incesante o también a otros líquidos orgánicos. Seguí avanzando, aunque a un ritmo menor porque no solo los había perdido, sino que además yo estaba completamente desubicado. Volví por donde había venido, o eso creía yo, hasta que me adentré en un callejón oscuro, y cubierto con techumbres de chapa que temblaban y resonaban con el viento. De unas amplias cajas de metal y anchos barriles salieron varias ráfagas de piedras dirigidas hacia mí. Me defendí abriendo las palmas de mis pequeñas manos y extendiéndolas frente a mi cara. Sentí el dolor de una lluvia de meteoritos que me tumbó. Me palpé la cabeza y noté que algo cálido manaba de ella. Escuché los pasos que

salpicaban en los adoquines encharcados al acercarse hacia mí. No reaccioné. Estaba paralizado por el miedo y la vergüenza. ¿Acaso iba a morir lapidado? Sentí una patada en las costillas. ¿Iba a morir pataleado?

— Este es nuestro territorio. Este callejón es nuestro. Si vuelves por aquí, no volverás a salir nunca —dijo la misma voz que me había pedido pedernal—. ¡Lárgate, hijo del calderero!

Saqué las fuerzas de algún lugar que desconocía y salí de allí pitando como una hormiga despavorida y humillada. A ellos tampoco los odié tanto como a los sangradores, pero esa vez sí que puse al niño en mi lista, a ese cuya voz conocía. Lo llamé “pedernal”.

A duras penas volví, a paso de caracol y preguntando a los pobladores de la odiosa ciudad por la dirección de la plaza de la ardilla. Hotus estaba frente a su carromato, con los brazos en jarras, oteando el gentío que compraba telas y especias bajo la luz vespertina. Observé que sus ojos se posaban en mí, y me derrumbé. La gente formó un círculo a mi alrededor, escuché algunos gritos de preocupación, y cerré los ojos.

Noté que algo tiraba de mi piel. Abrí los ojos. Estaba en el carromato de Hotus. Me sentí aliviado. Luego vi su rostro sonriente, y aquella sensación se amplificó. Sonreí, hasta que un pinchazo en el pómulos izquierdo transformó la horrible sonrisa que debía tener por una mueca de dolor. El hombre me estaba frotando las costillas con una pomada. ¿Cómo me las apañaría allí sin Hotus? Eso mismo pareció preguntarse Hotus.

— Tienes que aprender a coserte las heridas, para cuando yo ya no esté.

Me mostró cómo se hacía en un corte diagonal que tenía en el hombro. Me pregunté cómo unas piedras podían haber hecho tal cosa. Su teoría rezaba que no solo me tiraron piedras, sino también cuchillos o botellas. O trozos de botellas. En efecto, tenía otro corte en la cadera. El calderero me entregó la aguja de hueso y el hilo de tripa y me instó a coserlo. Quedó mucho peor que el arreglo del hombro, pero Hotus se mostró satisfecho y dijo que aprendía rápido. Sus palabras eran un consuelo. Después, me atreví a posar un pie sobre el suelo de madera y mi cabeza empezó a dar vueltas. Mi visión se tiñó de un negro borroso, hasta que se apagó del todo.